
El sida y una ética de la tolerancia*

Mark Platts

En muchas discusiones contemporáneas sobre el fenómeno del sida hay un elemento presente que voy a llamar, de modo un tanto tendencioso, el repliegue al subjetivismo. Por ejemplo, frente a las opiniones dogmáticas supuestamente morales de algún miembro de Pro-Vida sobre las relaciones extra-maritales, la homosexualidad, el uso de anticonceptivos y la promiscuidad, se escucha a menudo la siguiente réplica: "Esas son meramente tus ideas morales, esa es solamente tu moralidad". Detrás de tal réplica suele encontrarse la idea de que la moralidad es un asunto de libre elección o de mera preferencia personal; y la motivación para invocar esta idea en este contexto suele ser la de establecer la necesidad de la tolerancia frente a las ideas morales divergentes. Sin embargo, hay aquí una confusión brutal: si la moralidad, toda la moralidad, fuera efectivamente un asunto de libre elección, no habría ningún tipo de error en el caso en que la gente escogiera libremente una moralidad absolutamente intolerante con respecto a las ideas morales divergentes. Es difícil soslayar la sospecha de que el repliegue al subjetivismo encubre la creencia, quizás no consciente, en el valor no subjetivo de la tolerancia.

Pero, ¿cómo podría una ética objetivista reconocer el valor de la tolerancia? ¿No es una actitud objetivista sobre la moralidad precisamente la creencia de que hay *una única verdadera moralidad*? ¿Cómo podría alguien que tuviera tal creencia tolerar otras moralidades? ¿Cómo podría una persona así no terminar coincidiendo con el candidato del PRI para ser diputado por el Estado de México, quien propuso nuevas leyes requiriendo que los homosexuales se hicieran

*Texto leído en la mesa redonda "Tolerancia y sida", en conmemoración del 1º aniversario del suplemento "LetraS", 17 de noviembre de 1995.

la prueba de detección del VIH periódicamente (*The News*, 8.10.93)? ¿O en compañía de los responsables del Artículo 22 de la Resolución Bi-Ministerial 0415/89 en Bolivia que dice que "se hará control serológico anti-VIH periódico en grupos de riesgo", donde el Artículo 21 define quiénes se encuentran en los "grupos de riesgo": "los homosexuales, bisexuales, heterosexuales promiscuos, meretrices, proxenetas, rufianes, drogadictos intravenosos, receptores de sangre, [gente bajo] control prenatal, [gente dentro de] cárceles"? ¿O incluso en compañía de David Duxe, ex líder del Klu Klux Klan, quien propuso que los enfermos del sida deberían ser tatuados con tinta fosforescente en una parte genital como una advertencia a las potenciales parejas (*La Voz de Michoacán*, 26.4.95)?

Creo que tales propuestas ponen de manifiesto ciertas propensiones de los seres humanos que también han sido las responsables de otras propuestas de recurrir al poder de la ley penal frente a la problemática del sida. La mejor descripción que conozco de estas propensiones nos la ofreció Bertrand Russell hace más de setenta años:

... tenemos un impulso que nos lleva a causar dolor a los que odiamos; creemos por ello que son malvados y que el castigo los corregirá. Esta creencia nos permite actuar bajo el impulso de causar dolor, en tanto que creemos actuar motivados

por el deseo de hacer que los pecadores se arrepientan (*The Analysis of Mind*, Londres, 1921).

¿Cómo podría una ética objetivista hacer otra cosa que no fuera fomentar estos tipos de propensiones e impulsos?

Según Herodoto, dentro del Imperio Persa había algunas tribus que enterraban a sus muertos, mientras que otras los incineraban. Cada grupo creía que la práctica del otro era bárbara (y no me asombraría nada si hubiera uno que otro pontífice que opinara que esta diversidad en prácticas amenazaba la estabilidad social, la identidad imperial e incluso los verdaderos valores de las familias persas). Sin embargo, todos estaban de acuerdo con la necesidad de respetar a los muertos; lo que pasaba es sencillamente que vivían bajo condiciones climáticas muy diferentes. La valoración compartida había conducido razonablemente a una diversidad de prácticas con arreglo a sus condiciones de vida. La amenaza a la estabilidad social -o lo que sea- podría surgir, no de la diversidad de prácticas, sino de una mera estupidez frente a esa diversidad.

La creencia en la objetividad de algún valor es perfectamente compatible con el reconocimiento de la deseabilidad razonable de

una gran diversidad en las posibles realizaciones prácticas de ese valor. Admitiendo que es un imperativo moral para la sociedad mexicana reducir hasta donde sea posible el número de nuevos contagios por el VIH, esto no implica que sea moralmente deseable la promoción de un único patrón de conducta específica para toda la gente en todos los lugares y bajo todas las condiciones de vida.

El caso mencionado por Herodoto quizás no sea muy típico: seguramente no existía dentro del Imperio Persa, como tampoco existe en México, un acuerdo general sobre cuestiones concernientes a valores. Hablar de "los valores mexicanos", como hablar de "la identidad mexicana", es hablar de un mito quizás tranquilizador pero seguramente peligroso. ¿Cuáles son "los valores mexicanos" compartidos por los chavos banda y por Emilio Azcárraga, por la gente indígena de Yucatán y por Carlos Salinas de Gortari, por Carlos Monsiváis y por Jorge Serrano Limón?

Hoy en día casi todas las sociedades ejemplifican, aun cuando sea en diferentes grados, el fenómeno del pluralismo en cuestiones de valores.

En tal contexto, es esencial cierto nivel de tolerancia para el mantenimiento de las normas de reciprocidad que son la pre-condición de cualquier forma de vida social; sin ese nivel de tolerancia son de esperarse fenómenos tales como la enajenación más severa, es decir, la ausencia total de identificación de los agentes con las normas de reciprocidad, e incluso el alzamiento en armas.

La meta de la construcción de una sociedad democrática no es la de llegar a un consenso sobre los problemas más urgentes para la sociedad en cuestión, tampoco es la de legitimar la imposición sobre toda la sociedad de todas las ideas predilectas de alguna supuesta mayoría de la sociedad: más bien, la meta es la de crear las condiciones necesarias para la convivencia dentro del pluralismo señalado. De esta manera surgen algunos consejos de prudencia para los gobernantes: no hay que legislar sobre las cuestiones morales más disputadas dentro de la sociedad (el aborto en México, por ejemplo), no hay que descuidar las necesidades más urgentes y vitales de los distintos miembros de la sociedad (por ejemplo, de la gente que vive con el VIH o con el sida). Tal legislación y tal descuido constituirían grados de intolerancia que, tarde o temprano, se convertirán en verdaderas amenazas para la convivencia social.

Pier Paolo Pasolini una vez dijo lo siguiente:

Es mejor y más justo un mundo represivo que un mundo tolerante, porque en la represión se viven las grandes tragedias, nacen la santidad y el heroísmo. En la tolerancia se definen las diversidades, se analizan y aíslan las ano

malías, se crean los guetos. Yo preferiría ser condenado injustamente que ser tolerado

(citado en *La Jirafa*, 1.11.95).

¿Qué pensarían ustedes si yo ahora les dijera "Es mejor y más justo un mundo con terremotos que un mundo sin ellos, porque en los terremotos se viven las grandes tragedias, nacen la santidad y el heroísmo"? ¿O si les dijera: "Es mejor y más justo un mundo con el VIH y el sida que un mundo sin ellos, porque..."? ¿Mejor? ¿Y más justo?

Pero la cita de Pasolini me interesa principalmente por otra razón. Ciertamente hay un uso del verbo "tolerar" según el cual equivale a la idea de soportar o aguantar algo evidentemente no deseado, indeseable, equivocado o incluso despreciable. En ese sentido de la palabra, yo tolero las películas dobladas que pasan en los viajes de autobuses entre México y Morelia, a los niños babosos y a los padres de niños babosos, la comida británica y los vinos mexicanos; tolero las expresiones de los fanáticos de la fiesta brava y de los que creen que la prevalencia de la homosexualidad fue la causa de la caída del Imperio Romano; también tolero a la mayoría de mis colegas en el Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Me parece que ésta es en gran parte la idea de tolerancia que Pasolini tenía en mente al decir: "Yo preferiría ser condenado injustamente que ser tolerado"; también me parece que ésta es en gran parte la idea de tolerancia que surge de mis reflexiones anteriores sobre la convivencia social: hay que tolerar las ideas y prácticas distintas, no nos queda más remedio.

Sin embargo, también hay otro uso posible del verbo "tolerar" que quisiera traer a colación aquí. Para este otro uso la idea clave no es la de soportar sino la de disfrutar: la de disfrutar de la enorme diversidad que nos presenta el mundo humano, la de estar agradecido por el hecho de que no toda la gente es como uno mismo, la idea de querer promover dentro de ciertos límites más o menos claros esa maravillosa pluralidad. Pero, sin caer en la pobre idea de que se trata de un mero placer subjetivo frente a la diversidad de subjetividades, ¿qué podríamos decir en términos objetivos en favor de la tolerancia entendida de esta nueva manera?

No es solamente dentro de las sociedades humanas que se encuentra la pluralidad ya mencionada; también se encuentra en la gran mayoría de los casos dentro de cada vida humana. En la gran mayoría de los casos es un hecho bastante evidente el que la manera como es una persona se va modificando conforme a factores tales como su edad, su estado de salud, su red de amistades (y enemistades), las circunstancias de su vida cotidiana: cómo es en términos de factores tales como sus caprichos y fantasías, sus ideas acerca de las fuentes de placer y felicidad, sus creencias sobre cuestiones de valores, sus creencias sobre su propia sexualidad, sus capacidades de tolerar la diversidad y la adversidad, sus ideas acerca del tipo de vida que quisiera llevar a cabo -en pocas palabras, todos los elementos que juntamos bajo la palabra "personalidad".

Frente a este hecho de pluralidad uno podría reaccionar al estilo del personaje Krapp de Samuel Beckett, convencido en cada momento de que se está viviendo el punto máximo de la vida en cuanto a sus poderes y capacidades, su salud mental y moral, viendo a todas las etapas anteriores de su vida con desdén. Pero tal reacción pone las bases para una inducción elemental para legitimar de antemano semejante actitud de desdén en el futuro hacia cómo es uno en este momento; además cierra los ojos ante la posibilidad de que cada etapa de esta "serie de vidas" tuviera su propio valor distintivo. La realidad de esta posibilidad surge de un hecho adicional: la pluralidad que estamos considerando se encuentra no solamente dentro de las sociedades humanas, tampoco solamente dentro de casi cada vida humana, sino también en casi cada etapa de una vida humana.

Aún para una persona en una etapa de relativa estabilidad en su personalidad puede existir una pluralidad de tipos de valores, y dentro de cada tipo de valor puede existir una pluralidad de valores específicos. En tal contexto cualquier idea acerca de que hay una forma correcta de vivir parece ser sólo una fantasía, un producto del deseo de ver el mundo, no cómo es, sino cómo "debería" ser.

Desde luego, existen otras posibilidades también: la posibilidad de que haya gente que no ejemplifique la pluralidad de personalidad dentro de su propia vida, que se quede estancada en cierta etapa, la posibilidad de que haya gente que no soporte esta pluralidad, que no pueda vivir con su pleno reconocimiento, la posibilidad

de que haya gente que no tolere la pluralidad de valores autónomos e irreconciliables, que vea en tal pluralidad alguna oscura amenaza personal. Sospecho que la gran mayoría de los partidarios de la intolerancia se encuentra en estas categorías, y lo sospecho porque estoy relativamente seguro de que el reconocimiento pleno de los tres tipos de pluralidades que he mencionado facilita en mucho el reconocimiento del valor verdadero de la tolerancia.

Muchas de las personas aquí presentes -si no todas- conocen muy de cerca las múltiples caras de la intolerancia; naturalmente, su preocupación principal es con la cuestión práctica de cómo luchar contra ella. Pero cualquier lucha tendrá mayores posibilidades de éxito en la medida en que haya un mejor entendimiento de la naturaleza del adversario; este trabajo ha sido un pequeño intento de contribuir a tal entendimiento. Su conclusión principal podría expresarse así: una actitud objetivista hacia los valores morales no implica una creencia de que hay una única forma correcta de vivir; más aun, nos proporciona las bases para una mejor comprensión del valor específico de la tolerancia.